

La condecoración de escayola

Por Marino Gómez-Santos

Iba por la calle de Serrano, sólo, apoyado en un bastón de aluminio. Era uno de esos muchachos madrileños que se dedican a preparar unas oposiciones complicadas que se convocaron cinco años después y que, cuando salen se deciden a preparar otras porque aquéllas ya no les parecen interesantes.

El desconocido vestía una chaqueta de sport con aberturas y llevaba un pañuelo blanco, blanquísimo asomándole por el bolso de la chaqueta, cerca de la solapa.

Al llegar a la terraza de uno de los primeros bares de la calle de Serrano se sentó en una silla y arrimó otra para apoyar la pierna izquierda que tenía escayolada.

El desconocido estaba satisfecho, radiante. No sabía por qué pero aquella lesión le daba un atractivo físico, un prestigio social que antes no tenía. Las chicas al pasar, se acercaban a su mesa, sonrientes y le preguntaban por su estado. Todas estaban deseando ir con él a dar un paseo por la Castellana; él lo adivinaba. Antes se limitaban a saludarle y seguían su camino. ¡Pero desde el accidente, cómo había cambiado todo!

Una muchacha de ojos verdes:

—¡No sabes cuánto me acordé de tí el domingo, Ratacelito!

Otra alta, con aire de inglesa millonaria:

—Recibirás una invitación para la fiesta de esta noche.

—Pero si no puedo...

—De eso no tienes que preocuparte; pasaré a recogerte, yo misma con el automóvil de mi hermano Juan.

Y así uno y otro día. Sonó el teléfono, le enviaron paquetes, llegaron las cartas interesándose por su pierna escayolada, recibió paquetes de cigarrillos americanos y novelas para que

entretejiere sus tardes de inválido ~~profesional~~ provisional

Cuando le veían en la calle todos querían saludarle para dar a entender a los demás que ellos conocían a aquél joven que paseaba apoyado en un bastón de aluminio.

Pero los cuarenta días prescribieron y al muchacho le quitaron el yeso.

Estaba perfectamente. A la mañana siguiente volvió a Serrano. La muchacha de los ojos verdes le dijo adiós a secas; la alta con aire de inglesa millonaria tuvo una gran desilusión y se hizo como que no le veía.

El muchacho había perdido todo su empaque de héroe para los amigos. Era necesario volver otra vez a la Sierra para ensayar esquiando, haciendo piruetas, viendo la manera de fracturarse otra vez algún hueso. Era verdad que aquéllo dolía lo suyo ¡pero le daba una categoría de valiente y de aventurero!

Mientras estuvo con la pierna rígida por el yeso se sintió más hombre. Le parecía que de un solo golpe dado con un puño suyo podía abollar el mundo. Pero en cuanto le libraron del yeso todo su pensamiento se redujo a un estúpido complejo. Le parecía que volvía a ser uno más en la calle de Serrano.

Y tenía razón. Aquello de fracturarse una pierna esquiando era de muy buen gusto. Había fracturas y había fracturas. Lo que no tenía ninguna gracia ni ningún atractivo era caerse de un andamio, en acto de trabajo, aunque le escayolasen la cabeza al individuo.

Únicamente si el accidente ocurría esquiando o jugando al tenis la escayola era una condecoración.

De otro modo... un detalle de mal gusto. En fin: una vulgaridad.